



NUEVA RELACION
EN QUE SE DECLARA EL TRIUNFO
DE SAN JORGE.
PRIMERA PARTE.

El orbe se atemorice,
 y se quebranten las peñas,
 bramen con ira los aires,
 y estromézcase la tierra,

los astros pierdan su rumbo,
 no amanezcan las estrellas,
 lloren plantas y animales,
 los vivientes mueran, mueran.

Mas ay de mí, que el dolor,
 al referir esta empresa,
 suspende el curso á la pluma,
 y mi pulso titubea!
 Pero yo de qué me espanto
 si apelo á la providencia
 de la soberana Madre,
 de Desamparados Reina,
 y al valeroso San Jorge,
 para que mi amparo sean?
 Y así empecemos la historia;
 todos con cuidado atiendan.
 En la insigne Capadocia,
 junto al lago de Cilena,
 de las corrompidas aguas
 se crió un mónstruo, una fiera,
 un formidable dragon,
 que horroriza su braveza,
 tan feroz y tan cruel,
 que ni las historias cuentan
 de otro igual, ni los anales,
 ni los gentiles poetas.
 Con ayuda del demonio,
 de que algun provecho espera,
 fue creciendo este dragon,
 y llegó á tal su braveza,
 que saliendo cada dia
 de su lóbrega caberna,
 destruía los ganados,
 y perseguia otras bestias;
 y cogiendo descuidado
 algun pastor (ó qué pena!)
 lo devoraba, dejando
 su cruel hambre satisfecha.
 Y si no encontraba acaso
 en los prados ó en las selvas
 con que saciar su apetito,
 á lo poblado se llega,

para asaltar la ciudad
 y satisfacer su hambrienta
 voracidad con los hombres,
 hasta saciar su apetencia.
 Pero como las murallas
 escedian á sus fuerzas,
 subir á ellas no podia,
 y por la gran pestilencia
 que por sus fauces respira,
 les causa tanta molestia,
 que les priva los sentidos;
 y entre aflicciones y penas,
 cansado ya de esperar,
 se vuelve el bruto á su cueva.
 Consideren los oyentes
 al pueblo en tantas tragedias,
 cautivos en la ciudad,
 y sin poder salir de ella.
 Mas ay, y qué confusion!
 á cuánto el trabajo llega!
 Juntáronse los vecinos
 para matar esta fiera:
 todos juntos determinan
 salir en forma de guerra;
 sale la confusa tropa
 todos con armas y piedra
 luego el hambriento dragon
 sale de su oscura cueva:
 empiezan á tirar tiros
 con arcos, flechas y piedras,
 sin causarle el menor daño;
 porque la naturaleza
 le dió un vestido de conchas,
 y unas escamas tan fieras,
 que los tiros retroceden,
 sin causarle alguna mella.
 En fin, viéndose perdidos,
 huyen todos con presteza.

y á los que van mas pesados,
 luego les coge la fiera,
 quedando víctimas hechos
 de su atrocidad horrenda.
 Varias veces repitieron
 el querer formarle guerra,
 quedando siempre vencidos
 al rigor de su braveza.
 La gente desengañada
 de lo débil de sus fuerzas,
 y viendo que el fiero bruto
 solo intentaba hacer presa
 cuando el hambre le acosaba,
 y luego que su avarienta
 ambicion queda saciada,
 parte ligero á su cueva,
 sin causar el menor daño,
 ni salir de su caberna;
 determinaron dejar
 junto á la lóbrega cueva
 mucha cantidad de carne,
 para que alli se mantenga,
 y en esto quede su gula
 bien harta y bien satisfecha:
 y haciéndolo asi, podian
 mal cuidar de sus haciendas.
 Algunos dias pasaron
 alimentando á la fiera
 con sus caballos y mulas,
 bueyes, carneros y ovejas;
 mas viendo que daba fin
 con los brutos y las bestias,
 todos juntos determinan,
 y en conformidad acuerdan
 alistar á los vecinos,
 y al que por suerte le quepa,
 víctima afrecida al punto
 para el fiero dragon sea.

Por tanto tiempo duraron
 estas crueles ofertas,
 que mas de la mitad faltan
 de esta oprimida asamblea.
 Contemplan los que me escuchan
 las congojas y las penas
 que esta pobre gente sufre
 en medio de sus tragedias.
 O suerte infausta que asi
 á estos pobres atropellas!
 Qué triste saldria el sol!
 qué eclipsadas las estrellas!
 qué confusion! qué lamentos!
 qué sobresaltos y penas!
 Pero entre tantos desastres
 no paró la suerte adversa,
 no amainó la tempestad,
 sino que antes mas se aumenta.
 Cayó (Jesus, qué desgracia!)
 el sorteo á la Princesa,
 la dama mas celebrada,
 la mas hermosa y mas bella
 de cuantas el orbe todo
 en su continente encierra,
 y á mas de sus perfecciones
 era única heredera,
 y con ella se acababa
 la sublime estirpe régia.
 Dentro de muy breve rato
 llegó á su padre la nueva,
 que por su infausta desgracia
 ha de morir la Princesa.
 Considere aqui el curioso
 la Princesa entre miserias,
 al padre entre sus congojas,
 todo el palacio en tormenta,
 las damas entre sollozos,
 la familia entre su pena;

en fin, quien sepa de males,
 infiera la consecuencia,
 y verá que el mayor mal
 le compete á la Princesa.
 Infeliz de mí (decia,
 vertiendo sus ojos perlas)
 yo criada con regalos,
 tratada como quien era,
 y permite mi fortuna,
 que desdichada me vea
 víctima de aquel dragon,
 y pasto de aquella fiera!
 O quién no hubiera nacido
 para ver tantas tragedias!
 Queridos vasallos míos
 (esclama de esta manera)
 no hay remedio para mí,
 sino que del cielo venga!
 Procura su amado padre.
 sino por grado, por fuerza,
 librarla de los vecinos,
 aplicando su elocuencia.
 Respondió el pueblo, diciendo,
 la ley á nadie respeta;
 todos somos obligados,
 y asi es preciso que muera.
 Triste y afligido el padre
 se fue á buscar la Princesa,
 tiernos abrazos le daba,
 por ser la vista postrera.
 Aquí el aliento les falta;

el sentimiento se aumenta,
 mira la Princesa al padre,
 los dolores se acrecientan,
 y absorto entre parasismos
 la dice de esta manera:
 á Dios, prenda de mi vida,
 principio y fin de mis penas,
 levanta al cielo los ojos,
 y en tí misma considera,
 que pues no encuentro reámdio,
 venga ya lo que Dios quiera;
 y mira que si los hados
 lo determinan y ordenan,
 no dudes que quedar quiere
 la divina Omnipotencia
 desagraviada del pueblo,
 y en un todo satisfecha;
 pues muriendo así, serás
 nombrada en toda la esfera,
 te consagrarán altares,
 y serás diosa en la tierra.
 En fin, se despidió el padre,
 dejándose á la Princesa
 anegada en mar de llanto,
 pues tal desdicha la espera.
 La angustia en que se hallaria,
 con atencion considera,
 mientras la segunda parte
 le da fin á la tragedia
 de Arcione, que es el nombre
 de la afligida doncella.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

Ya dije, ilustre auditorio,
 como quedó la Princesa
 muy triste y desconsolada,
 tan confusa entre sus penas,
 que solo el imaginarlo
 es preciso que enternezca
 el mas duro corazon,
 si entre sí lo considera.
 Todo el palacio enlutado,
 las damas ya casi muertas,
 de ver los giros que dá
 esta voladora rueda,
 y ver cuán perdida corre
 su fatal y errante estrella.
 Pasada la infausta noche,
 porque la muerte se acerca,

el dolor se multiplica,
 y la afliccion se acrecienta.
 Asi que el radiante Apolo
 tendió con doradas hebras,
 y con acordes acentos
 trinan las aves parleras,
 sacaron en procesion
 á la afligida doncella,
 para llevarla al lugar
 que ya destinado queda.
 Llegaron al triste sitio,
 y arrimándola á una peña,
 á un duro tronco la amarran,
 no por miedo que se fuera,
 sí que en semejantes casos
 se procura la decencia;



como lo hizo Abraham
con Isaac su amada prenda;
asi la Infanta quedó
vacilando en su tarea,
fuertes suspiros despide
entre temblores y penas.
La gente ya retirada
á la ciudad, con presteza
á las murallas se suben,
para ver por las almenas
aquel infausto presagio,
que á la triste se le espera.
Cuando muy apresurado
un gallardo jóven llega,
montado sobre un caballo,
y armado á punto de guerra,
á donde estaba amarrada
esta inocente cordera.
Suspensa quedó la triste,
y él del caballo se apea;
muy cortés la saludó,
diciendo de esta manera:
señora, cómo estais vos
atada y con tan gran pena?
sin duda que lo que miro,
algun gran misterio encierra;
decidme lo que teneis,
que os prometo á la defensa
salir como caballero.
Esto que oyó la Princesa,
le dijo: noble señor,
marchad luego con presteza,
porque la vida teneis
en peligro de perderla;
yo no tengo ya remedio,
que así los hados lo ordenan.
No quisiera ser cansado,
ni serviros de molestia

6

(la replicó el caballero)
y la causa de tus penas
es preciso que me digas;
pues si mil vidas tuviera,
á ley de hidalgo prometo
perderlas en tu defensa:
y no dejaré tu lado
hasta saber con certeza
qué es esto que estoy mirando,
y qué misterios encierra.
Muy agradecida estoy,
dijo al jóven la Princesa;
y refiriéndole en breve
la causa de su tragedia,
monta (dice) en tu caballo,
y marcha con ligereza,
pues el infame dragon
saldrá luego de su cueva,
y si te detienes mas,
será cierto el que tú mueras.
No desmayes (dijo el jóven)
pues la sacra Omnipotencia
me dará esfuerzo y valor
para salir de esta empresa,
pues por su inspiraciou vengo
á destruir esa fiera;
y así armado con la cruz,
de quien el infierno tiembla,
y con la virtud que á mí
me infundirá, tales fuerzas
ha de adquirir este brazo,
que hecho muy menudas piezas
quedará el fiero dragon,
amainando su braveza.
Y montando en el caballo
se puso enfrente la cueva:
al instante salió el bruto;
el que enviste con fiereza

al jóven, y dióle el lado
 con la mayor ligereza.
 Segunda vez acomete
 al caballero la fiera,
 y él siempre librando el cuerpo
 con vigilante destreza;
 y cuando vido la suya,
 metió al caballo la espuela,
 y cerrando con el bruto,
 con la mayor fortaleza
 por la boca le metió
 la lanza con gran presteza.
 La bestia que se vió herida,
 echa espumas por la tierra,
 fuertes bramidos despide,
 dando vueltas y revueltas,
 por ver si puede librarse
 del hierro que le atormenta.
 Al ver esta tropelía
 se desmayó la Princesa;
 no le sucedió así al jóven,
 pues cuanto mas, mas se alienta,
 y apretando el acicate
 al caballo, de manera
 metió la lanza, que pasa
 las entrañas á la fiera:
 con que rendido á sus pies,
 sin que resistirse pueda,
 cayó el soberbio dragon,
 y durando su fiereza,
 sus dientes bravos rechina,
 araña, escarba y patear:
 tales bramidos despide,
 que hace estremecer la selva,
 y dando fuertes latidos,
 riega con sangre la tierra.
 Quedó en fin muerto el dragon
 y rendida su soberbia:

y vuelta en sí del desmayo
 la ya dichosa Princesa,
 le dice: jóven gallardo,
 tanto estimo la fineza,
 que en todo para servirte
 me sujeto á tu obediencia.
 Ya aflojados los cordeles,
 que tanta beldad sujetan,
 quién eres, jóven, le dice:
 Jorge soy, dama discreta,
 y á mí solo Dios me envia
 á libertar esta tierra,
 que mi egercito acampado
 dejé por esas riberas.
 Con esto la multitud
 de los ciudadanos llega,
 por haber visto al dragon,
 que yerto cadáver queda.
 Empiezan á darle gracias
 al jóven por la fineza,
 y con vítores y aplausos
 le rinden enhorabuenas,
 ofreciéndole laureles
 por su garvo y gentileza.
 El Rey llorando de gozo,
 entre sus brazos le estrecha,
 mandando que á la ciudad
 triunfante le condujeran,
 y en forma de procesion
 todos á los templos fueran,
 y que á los ídolos gracias
 y sacrificios ofrezcan.
 Entonces San Jorge dijo:
 gran Rey, no de esa manera,
 porque esas falsas deidades
 no son la causa primera,
 que solamente hay un Dios,
 Criador de cielo y tierra,

que la máquina del mundo
 por sí solo la gobierna;
 y esplicóles los misterios
 de nuestra fe verdadera,
 con que fueron convertidos
 el Pueblo, Rey y Princesa:
 prosiguen la procesion,
 y al real palacio llegan.
 Despedida ya la plebe,
 Jorge en los retretes entra,
 y entre unas y otras razones
 le ofrecieron la Princesa
 en matrimonio, por ser
 de este gran reino heredera.
 Dijo San Jorge: la causa
 de mi venida no es esa,
 sino porque tantas almas
 reciban la ley eterna.
 Todos piden el bautismo,

por ser la puerta primera;
 muchos Sacerdotes buscan,
 que con místicas trompetas
 la ley santa de Jesus
 la impriman en sus ovejas:
 todos fueron bautizados,
 con lo que contentos quedan.
 Un gran templo edificaron
 á la Virgen Madre nuestra,
 que de los Desamparados
 quieren el título tenga;
 y San Jorge muy triunfante
 dió á su egército la vuelta.
 Todos tranquilos quedaron,
 y á un solo Dios reverencian,
 que á nosotros nos dé luz
 para servirle de veras,
 y del infernal dragon
 nos libre su Omnipotencia.

FIN.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24,
 donde se hallará con otras diferentes; Comedias antiguas y moder-
 nas, Entremeses, Historias, Romances y un gran surtido
 de Papeles sueltos.*